



## Civiles y militares

Alfonso Panizo

Vicealmirante en retiro de la Marina de Guerra del Perú

**Síntesis:** Este artículo plantea, de manera distinta, un tema polémico: la relación entre civiles y militares. ¿Con qué fin confrontar a los ciudadanos de uniforme con los que han seguido una vocación distinta? Desde su personal experiencia como ciudadano que optó por una vocación militar –hoy en retiro- el autor resalta la común naturaleza que comparten los peruanos. Critica a quienes han inventado el término de “civil-civil” creando una distancia entre los civiles y los militares en retiro. Finalmente, como sugiere el autor, para vivir en una auténtica democracia hay que fomentar una relación de diálogo y entendimiento.

Se vive en el Perú una situación que es necesario abordar para aclarar algunos conceptos que, al difundirse, perjudican al desarrollo del país y significan una traba para la tarea de unificación que requiere la nación. Conviene poner coto a la difusión de ideas que no llevan sino a la desunión nacional

Mucho se habla y escribe sobre las relaciones entre civiles y militares, y la mayoría de veces el tema se presenta como si se tratara de seres humanos totalmente diferentes, de origen diverso o casi como si se refiriera a una relación entre terrestres y marcianos.

Por la forma en que el tema es planteado, aun por quienes se supone poseen un determinado nivel cultural, da la impresión que estuvieran convencidos de que el origen de ambos ciudadanos fuera radicalmente distinto.

En mi caso particular, vine al mundo en la misma forma que nacieron todos los niños de mi generación y no conozco que se haya ideado otra forma de nacer, en forma natural, que la de mi época. Me arrullaron, me engrieron, y educaron, en la misma forma que todos los padres y los abuelos y los tíos lo hicieron con todos los niños que vienen a este mundo por la gracia de Dios.

Cuando llegó la edad de instruirme me matricularon en un colegio, a cargo de unos sacerdotes formidables que nos inculcaron la igualdad entre los seres humanos, el amor por la libertad y por encima de todo, la solidaridad, de la cual, muchas veces prescindimos.

Entre mis compañeros de colegio y de promoción se desarrolló un importante sentimiento de camaradería, de compartir principios en los cuales nos habían formado en nuestros hogares y en el colegio. Este sentimiento dura hasta ahora y el paso de los años no lo debilita, lo hace más maduro.

Crecimos iguales, estudiamos y jugamos lo mismo. Hicimos las mismas mataperradas, algunos fuimos boy scouts, otros se dedicaron a otras actividades. Dentro de nuestras capacidades físicas, nos dedicamos a la práctica de distintos deportes, pero cuando alguno tuvo que competir, tenía el aliento de los demás, que participábamos en las alegrías de los triunfos y en las amarguras de las derrotas; nadie se sentía solo, eran los competidores del colegio y su barra formando un solo cuerpo con un solo espíritu. Lo mismo ocurría con los alumnos de otros colegios. Éramos niños y luego jóvenes peruanos que no encontrábamos diferencias entre nosotros, salvo la que se marcaba entre los que ganaban en fútbol y los que ganaban en básquet o en atletismo.



La rivalidad no iba más allá de lo que correspondía a los aspectos deportivos y más tarde nos encontraríamos en las universidades y las escuelas castrenses, siendo amigos, colegas, camaradas, formados en distintos colegios.

Al terminar los estudios escolares cada uno emprendió el camino que le señalaba su vocación y tuve compañeros que hoy son médicos, ingenieros, artistas, sacerdotes, empresarios, abogados, mecánicos, diplomáticos, etc. etc.

Mi vocación fue la Marina de Guerra, y ello significó que tuviera que hacer posible que quienes tenían una vocación distinta a la mía, pudieran desempeñarla con tranquilidad, sabiendo que otro grupo de peruanos estaba listo para defenderlos de cualquier vecino que pretendiera perturbar el desarrollo de sus actividades. Todos estábamos trabajando para el desarrollo y la seguridad de nuestra patria.

Así fue transcurriendo nuestra vida y aún nos encontramos con los excompañeros una vez al mes para almorzar juntos, compartir penas y alegrías y un detalle interesante es que, sobre todo, no encontramos entre nosotros más diferencia que la caída del cabello en unos más que en otros y la aparición de canas, en proporción variada, pero seguimos viéndonos tan iguales como nos veíamos hace más de cincuenta años.

Más tarde, igual que lo hizo la mayoría de peruanos de mi generación, me casé y como muchas otras parejas, tuvimos hijos (cinco en nuestro caso), todos con diferentes profesiones, ninguna relacionada con las fuerzas armadas, en forma similar a mis compañeros de colegio, del barrio y otros amigos que uno va encontrando a lo largo de la vida, algunos de los cuales sí tienen hijos sirviendo en las fuerzas armadas.

Mis hijos no son diferentes a los hijos de otros peruanos, civiles o militares, y escogieron las carreras que correspondían a la vocación de cada uno; algunos tuvieron que trabajar mientras estudiaban, para poder pagar sus estudios; nada diferente a cualquier otro joven.

Tenemos nueve nietos, llorones, hambrientos, graciosos, cochinos, como todos los nietos de los demás habitantes de esta tierra. Esperamos que crezcan como sus padres, que estudien cuando les toque hacerlo y decidan su futuro con acierto.

Vivimos en un barrio que podemos decir que fue creciendo con nuestros hijos; nos conocemos entre vecinos y nuestros hijos son amigos de sus hijos, cada uno tiene una relación de los teléfonos de los demás, para poder apoyarnos unos a otros en caso de necesidad; muchas veces nos ponemos a conversar en la calle y otras, nos visitamos. Tenemos de todo, representantes de todas las ocupaciones, y no nos preocupa a qué se dedicó cada uno, lo importante es que todos estamos dispuestos a apoyarnos en lo que nos proponemos. Somos un pedacito de nuestra tierra y una muestra de su diversidad.

Nos esforzamos por igual en nuestros ambientes para lograr que nuestra patria sea mejor cada día, ninguno es más patriota ni quiere a su país más que el otro en función de su profesión o de su oficio. Cada cual, desde su opción de servicio, se empeña en hacer a nuestro país más grande, más desarrollado, porque queremos que nuestros hijos y nuestros nietos encuentren una patria cada día mejor y puedan dedicar sus vocaciones a lo que será un mayor desarrollo. Les debemos a ellos lo que nuestros padres y abuelos hicieron por nosotros.



Antes de ingresar a las instituciones castrenses, todos éramos civiles, algunos ya tenían libreta electoral; no fuimos importados de algún planeta dedicado a la fabricación de militares.

Renunciamos a derechos que hubiéramos podido ejercer, en caso de seguir una vocación distinta a la castrense; tales como el derecho al sufragio, acción política que no podemos ejercitar, entre otras razones, porque nuestro servicio al Estado requiere que prescindamos de toda actividad política. Esta renuncia alcanza a los civiles, médicos y abogados, que ingresan al servicio de las Fuerzas Armadas o la Policía Nacional, incluso tratándose de ciudadanos que antes de ingresar a las instituciones castrenses tenían la capacidad de ejercer sus derechos.

Cuando concluye el servicio, y se pasa a la situación de retiro, por voluntad propia, por tiempo de servicio cumplido, por alcanzar el límite de edad en el grado u otra razón, el que ha servido en una institución castrense, se reintegra a la vida civil, reasumiendo todos los derechos que no podía ejercer mientras servía en las Fuerzas Armadas o en la Policía Nacional. A pesar de ello, hay quienes han inventado el término de “civil-civil” tratando de mantener a los ciudadanos retirados de las fuerzas armadas, fuera del ámbito de los civiles del cual forman parte al retirarse y formaban parte antes de ingresar al servicio castrense.

Y en este largo proceso de crear ciudadanos capaces de compartir esfuerzos por el país, nos preguntamos: ¿quiénes y con qué fin se han dedicado a crear diferencias entre los peruanos en razón de su vocación y su manera de servir a la patria y se empeñan en marcar diferencias entre los civiles y los militares?

¿Con qué fin tratan de confrontar a los ciudadanos de uniforme con los que han seguido una vocación distinta? ¿Podemos creer que no se dan cuenta del daño que hacen al Perú desuniéndolo? ¿Siguen consignas de ideologías o de otros países que ven al desarrollo de un territorio como el nuestro, con enormes posibilidades de progreso, como una amenaza a su afán de hegemonía? Es cosa de pensarlo y crear conciencia en nuestros conciudadanos que la desunión nos está retrasando y que seremos los culpables de que nuestros descendientes no vivan en una nación desarrollada.

¿No hemos llegado a comprender las enseñanzas de la historia? ¿No hemos podido aprender que la desunión nos ha hecho desaprovechar, una y otra vez, las oportunidades de ser grandes? Vale la pena meditar sobre nuestra responsabilidad por no haber sabido rechazar los llamados a la desunión entre los peruanos y haber permanecido indiferentes ante esta seria amenaza que nos tiene atados al subdesarrollo.

Si nos empeñamos en hacer la distinción entre civiles y militares, acabaremos tratando como peruanos diferentes a los médicos de los ingenieros, a los sacerdotes de los artistas, etc. siendo todos peruanos, del mismo origen biológico, formados dentro de parámetros muy parecidos y casi con la misma visión de futuro y similares aspiraciones, nacidos en una tierra que nos ofrece todas las posibilidades de ser grandes.

Para vivir en auténtica democracia, con real unidad nacional, tenemos que fomentar y mantener una relación permanente de diálogo y entendimiento entre todos los peruanos, médicos, ingenieros, marinos, abogados, aviadores, empleados públicos, militares, maestros, artistas, sacerdotes, artesanos, policías, campesinos, obreros de construcción civil, etc. etc.



Hemos vivido una larga temporada de desentendimiento entre los civiles y los militares porque hubo gente interesada en que fuera así; no convenía a sus propósitos un entendimiento lógico entre los componentes de las diferentes y diversas actividades ocupacionales del país, pero considero que ha llegado la hora de acelerar el proceso de un mayor entendimiento en beneficio del Perú.

Los ciudadanos hemos tenido que afrontar, desgraciadamente, a un grupo militar que no supo responder a una tradición que, desde la independencia de nuestra patria y a lo largo de los avatares de la vida republicana, otros militares patriotas se esforzaron en crear, para que el Perú contara con instituciones dignas, honestas y ejemplares, de las cuales deberíamos sentirnos orgullosos. No tuvieron la dignidad para rechazar el sometimiento a un poder corrupto, traicionando a la patria. Si cediéramos al argumento fácil del “borrón y cuenta nueva” y de la impunidad, me atrevo a afirmar que Grau, Bolognesi, Quiñones y todos aquellos peruanos que nos hicieron sentir orgullosos de nuestras Fuerzas Armadas, no nos perdonarían jamás el incumplimiento de la obligación de extirpar la corrupción, el autoritarismo, la arbitrariedad y el sometimiento a corruptos y corruptores. Y aquí tenemos que referirnos a corruptos y corruptores con y sin uniforme. No es fácil determinar quiénes son los que se llevan el título del peor ciudadano.

Debemos comprometernos a participar en el desarrollo del país, en democracia, todos los peruanos, sólidamente unidos, todas las profesiones, todos los oficios, todas las ocupaciones, todas las sangres, sin permitir que traten de dividirnos para asentar en nuestra patria doctrinas ajenas a la voluntad popular y contrarias al esfuerzo por el desarrollo que todos los peruanos pretendemos alcanzar.

Trabajaremos hombro a hombro, cada uno cumpliendo con honestidad, austeridad y decisión, las tareas que el Estado requiera de cada uno de nosotros.

Así podremos ser grandes, recuperaremos el respeto internacional que nunca debimos perder. Se confiará en nosotros, los peruanos, que estaremos dialogando y hermanándonos más cada día, todos, civiles y militares, batallando contra quienes tratan de separar a los peruanos en razón de su vocación.